

Quito, 24 de enero del 2018

Querido Padre Bosco:

Con el corazón lleno de alegría empiezo esta carta deseando e imaginando que la recibirás con el mismo agrado y cariño con que recibiste las cartas que tus queridos jóvenes te enviaban y que tú respondías con paternal afecto. Quiero imaginar que has salido a uno de tus viajes en busca de fortuna para cubrir las necesidades de tus queridos hijos del Oratorio, y que por eso no estás al tanto de todas las cosas que han ocurrido desde que partiste a la patria celestial, hace ya 130 años.

Empezaré contándote que tus hijos los Salesianos, y con ellos las distintas ramas de una gran familia, han crecido mucho. Ahora los Salesianos son alrededor de 14.500 presentes en los cinco continentes, en 132 países y al frente de diversas obras como escuelas, colegios, universidades, centros juveniles, centros de formación para el trabajo, parroquias, oratorios, misiones, casas de acogida, centros de comunicación social, entre otras; todas al servicio especialmente de la juventud más necesitada, y sin distinción de cultura ni credo. Incluso se encuentran presentes en lugares de alta conflictividad como las zonas en guerra de Siria y Sudán del Sur, o partes de Colombia en las que rescatan a chicos exguerrilleros.

Tu figura de un hombre de fe y trabajo duro ha inspirado a muchos. Eres el niño que experimentó en carne propia el sufrimiento provocado por la inequidad social; siendo un campesino pobre y huérfano de padre, no dejaste que el dolor opacara el amor en tu corazón. Aprendiste de tu madre Margarita la dulzura, la fuerza y la sabiduría que manan de la experiencia de saberse amado por un Dios vivo, y fue esto lo que, al ver las necesidades de los jóvenes obreros en Turín, te impulsó a trabajar con vehemencia en el servicio de ellos, quienes fueran el objeto de tus desvelos y afanes, de tu sacerdotal ministerio y de la Congregación Salesiana. De tu pasión por Dios, nació tu pasión por el servicio a los jóvenes pobres, a ellos solías decir: *“Uno solo es mi deseo, verte feliz en el tiempo y en la eternidad”*, y para ello no escatimaste ningún esfuerzo ni sacrificio, también decías: *“Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida”*.

Tu propuesta en el campo de la educación, el Sistema Preventivo, logró y sigue logrando grandes resultados, lo que causó gran sorpresa en el Ministro del Interior de Turín, Urbano Rattazzi, cuando miraron los cambios en el comportamiento de los jóvenes del reformatorio “La Generala”. Al ser interrogado por las razones de tu éxito, respondiste: *“El Estado manda y castiga. No puede hacer más. Yo, en cambio, les quiero a esos muchachos. Y tengo, como sacerdote, una fuerza moral que usted no puede comprender”*.

Es por eso que, en este sistema el centro del proceso educativo es la persona, más allá de las estructuras o de los contenidos. Los tres pilares en los que se sostiene: la amabilidad, la razón y la religión, permiten que el educador pueda ganarse el corazón de sus dirigidos, y guiarles y aconsejarles sabiamente con el objetivo de hacer de ellos mejores personas para su bienestar personal y el de la sociedad.

En un mundo en el que la sociedad se organiza en torno a la acumulación, a la explotación de recursos y personas, y a una individualidad egoísta, tu estilo educativo Padre Bosco es una luz que nos brinda Dios para que quienes deseamos acompañar a niños y jóvenes en su camino de desarrollo, podamos construir caminos de amor, comprensión, solidaridad, justicia y bien común.

Padre Bosco, quiero también contarte que hace dos años me gradué de Psicóloga Social y Comunitaria en la Universidad Politécnica Salesiana de Ecuador, así que también soy una de tus hijas; pero no solo lo soy por el hecho de haberme graduado en esa institución, me siento tu hija porque comparto y he compartido con otros de tus hijos e hijas la misión a la que te sentiste llamado un día, es decir, a proclamar la buena nueva de Dios a los jóvenes; a buscar para ellos mejores condiciones de vida y así construir el Reino de Dios en la tierra.

Al terminar la Universidad opté por vivir la experiencia del *Voluntariado Juvenil Misionero de la Familia Salesiana* por poco más de un año y medio; esto ha sido para mi vida uno de los regalos más preciosos que Dios me ha hecho, he podido descubrir en el servicio a mis hermanos y hermanas, en la donación de mis capacidades cristianas, humanas y profesionales, el sentido y la alegría de mi vida.

Siempre recordaré el día en que por vez primera entré a los edificios de la Universidad, aún ahora que han pasado alrededor de siete años no puedo explicarme del todo los sentimientos que me produjo, me sentía llena de esperanza y alegría, como si el Espíritu de Dios envolviera el ambiente. Otra grata sorpresa fue mi encuentro con la imagen de María Auxiliadora en uno de los patios, desde entonces este recuerdo de su presencia me ha brindado la seguridad de sentirme bajo sus maternales cuidados.

Padre Bosco, quizás en la Universidad por diversas razones no siempre pueda vivirse el ambiente que deseaste para las Casas Salesianas, pero a todos aquellos que la conforman yo les diría que pueden encontrar en ella si lo desean, un huerto fértil para crecer envueltos en una espiritualidad rica en nutrientes para ser mejores cristianos y honrados ciudadanos.

Querido Padre Bosco, gracias por ser un instrumento dócil a la voluntad de Dios para con tu vida, gracias por permitirte descubrirlo en las necesidades concretas de tus hermanos que sufrían, gracias por la entrega generosa y apasionada con la que asumiste tu misión de Padre, maestro y amigo. Sigue intercediendo por todos aquellos que de una u otra forma llegamos a formar parte de la gran Familia Salesiana para que a tu ejemplo sigamos a Cristo Resucitado y podamos comprometernos en la construcción de un mundo mejor.

Me despido con filial cariño y en la espera de poder contarte pronto nuevas buenas noticias.

Atentamente,

Ruth Karina Tinizaray Romero